

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Universidad de Murcia

Volumen XXIX
Enero-Junio 2013
Número 55

SUMARIO

ESTUDIOS

Wilson Z. Vázquez V. <i>Qo 4,17-5,6. Elementos estilísticos-estructurales y retóricos</i>	1-30
Santiago Madrigal, SJ. <i>Vaticano II: un Concilio para el siglo XXI</i>	31-52
Gabriel Richi Alberti <i>Una relectura de la constitución <i>Lumen gentium</i> a cincuenta años de la apertura del Concilio Vaticano II</i>	53-70
Alejandra I. Pinto Soffia <i>Algunas precisiones terminológicas y analíticas del concepto de <i>traspaso</i> (<i>übergehen</i>) entre el ser y la nada en el libro del <i>Ser de la Ciencia de la Lógica hegeliana</i>, con proyecciones en la interpretación del Sermón LII de Maestro Eckhart</i>	71-88
Jorge Gerardo Morales Arráez <i>La paternidad en <i>El taller del orfebre, Esplendor de paternidad y Tríptico Romano</i></i>	89-121
Julián Gómez de Maya <i>Concurrencia de los «<i>studia linguarum</i>» mendicantes al orto universitario</i>	123-170
Indalecio Pozo Martínez <i>La Compañía de Jesús en Caravaca. Testimonios sobre la fundación, emplazamientos y obras en el colegio e iglesia</i>	171-227
NOTAS Y COMENTARIOS	
Bernardo Pérez Andreo <i>“Cuando todo podía derrumbarse”. El Evangelio de Marcos según Xabier Pikaza</i>	229-235
Gonzalo Fernández <i>Una nota sobre la historicidad del martirio de Santa Martina</i>	237-240
Francisco Víctor Sánchez Gil <i>Historia moderna y contemporánea de la Orden franciscana</i>	241-249
BIBLIOGRAFÍA	251
LIBROS RECIBIDOS	285

**LA PATERNIDAD EN EL TALLER DEL ORFEBRE,
ESPLENDOR DE PATERNIDAD Y TRÍPTICO ROMANO**

JORGE GERARDO MORALES ARRÁEZ

1. Introducción

Se puede observar que, en los países europeos, de manera particular, la civilización occidental ha sufrido un proceso de rapidísima descristianización y que ha sido precisamente la realidad del matrimonio y de la familia el ámbito que ha pagado de forma más grave las consecuencias de dicho proceso. La disminución de matrimonios, el aumento de divorcios, la incapacidad y el temor respecto a elecciones que impliquen vínculos definitivos... son los síntomas de un horizonte cultural que ha cambiado y en el cual viven actualmente las familias.

Pero, ¿qué es lo que se encuentra en el fondo de la realidad actual? Más allá de una posible crisis económica o social, se halla una crisis del sujeto: la persona se siente incapaz de llevar a buen término la aventura que descubrió en la experiencia del amor. Es un sujeto miedoso y egocéntrico que teme cualquier vínculo que pueda introducir sufrimiento y corresponsabilidad, por eso se siente particularmente frágil en dos vertientes esenciales de la tarea de construir una familia: por un lado, la fidelidad al amor, y por otro, la paternidad¹.

La crisis de la fidelidad tiene relación con una concepción romántica del amor que identifica erróneamente la verdad del amor con la intensidad

¹ Cf. L. MELINA, *Por una cultura de la familia. Matrimonio y familia*, Edicep, Valencia 2009, 21-22.

emotiva que se experimenta. El criterio casi exclusivo para valorar el amor es, entonces, la sinceridad con los propios sentimientos. Así, la persona queda atrapada en sus vaivenes e ímpetus afectivos.

La crisis de la paternidad se manifiesta en la dificultad o incluso rechazo de asumir el peso, que se advierte como excesivamente gravoso, de dar vida a los hijos. Es la clausura ante el futuro como posibilidad gratuita, es la crisis de la esperanza. De este modo, se convierte en cómplice de un modo de concebirse a sí mismo y a la sociedad fundamentalmente individualista².

1.1. De la Ilustración al eclipse de la paternidad

Esta crisis de la paternidad se encuentra ligada a las transformaciones que han afectado a la sociedad occidental no sólo a lo largo de las últimas décadas, sino propiamente al menos desde el siglo de las luces. Estas modificaciones evolucionan con lentitud, pero cada una de las generaciones siguientes asimila los frutos de lo que se ha realizado en la generación anterior.

Partimos de la premisa de que la modernidad está en gran parte fundada sobre la apuesta que el hombre será tanto más él mismo, cuanto más prescindida de los vínculos que le atan³, es decir, de su emancipación en el sentido de liberación de toda dependencia.

En el siglo XVIII, la revolución francesa identifica el ideal ilustrado con el lema: “Libertad, igualdad y fraternidad”. Intenta vivir una fraternidad, pero no fundada en la paternidad sino en la igualdad. Pretende que el hombre deje atrás la minoría de edad, la cual, según Kant, consiste en la superación de la incapacidad de valerse del propio intelecto sin la guía de otro⁴.

Esta pretensión autonomista respecto del hombre alcanza también a la familia. Así lo expresa Rousseau en *El contrato social*:

“El hombre ha nacido libre y en todas partes se encuentra encadenado [...] la más antigua de todas las asociaciones y la única natural es la familia. Sin embargo, los hijos no permane-

² Cf. A. SCOLA, *Hombre-mujer el misterio nupcial*, Encuentro, Madrid 2001, 195.

³ Cf. P. FERRER, *Persona y amor, una clave de lectura de la obra de Karol Wojtyła*, Grafite, Bilbao 2005, 20.

⁴ Cf. I. KANT, *Escritos en defensa de la Ilustración*, Alba, Barcelona 1999, 63-71.

⁵ Cf. J.-J. ROUSSEAU, *El contrato social*, Altaya, Barcelona 1993, 4-5.

cen vinculados al padre sino el tiempo necesario para su conservación. En cuanto esta necesidad desaparece, el lazo natural se rompe. Los hijos, al verse libres de la obediencia que deben a su padre, recuperan la independencia, al igual que el padre, que se ve libre de los cuidados que debía a sus hijos. [...] Los primeros cuidados del hombre son los que se debe a sí mismo, y en cuanto alcanza el uso de la razón, al ser él quien tiene que juzgar cuáles son los medios más apropiados para su conservación, se convierte en su propio amo”⁵.

Se empieza a ver la paternidad como una limitación inicial necesaria, pero que debe ser relativizada hasta poder superarla absolutamente. El papel de las relaciones se percibe exclusivamente como una función, que puede desempeñar cualquiera y que está llamada a ser superada. Comienza el ocaso de la forma patriarcal de la sociedad, sustituida por nuestra moderna sociedad industrial igualitaria.

A inicios del siglo XX, Freud va a dar un paso decisivo para favorecer el eclipse de la paternidad con sus estudios psicoanalíticos acerca del complejo de Edipo, complejo que marca el drama de la unión de los hijos a las madres y el subsiguiente rechazo al padre.

Posteriormente, ya avanzado el siglo XX, Sartre eclipsará totalmente la figura del padre al afirmar:

“No existen padres buenos, es la norma; no acusemos a los hombres, sino al vínculo de paternidad que está podrido. No hay nada mejor que “hacer” hijos; en cambio ¡qué iniquidad tenerlos! Si hubiese vivido mi padre se habría impuesto en mi vida y me habría aplastado. Afortunadamente ha muerto joven”⁶.

En una sociedad donde todo se basa en la prestación y la contraprestación, en la que todo se orienta a la independencia, al ascenso, al progreso, a la emancipación y a la autorrealización, no hay sitio para la autoridad y el rango, ni para la autoridad de lo antiguo y originario. En consecuencia, la estructura y la cultura familiar, incluida la autoridad del padre, están sometidas a un cambio revolucionario y a un proceso de disolución. El problema no es sólo la protesta y la rebelión contra el padre, sino la renuncia de los

⁶ J.P. SARTRE, *Les mots*, Gallimard, Paris 1964, 11.

padres a la responsabilidad paterna y al ejercicio de la autoridad⁷. Por tanto, la paternidad no es ya algo evidente en nuestra sociedad contemporánea, sino al contrario, una figura contestada, rechazada u omitida.

De esta manera, el rechazo del padre afecta no sólo a las dinámicas sociales, sino a la identidad misma del hijo, el cual, se ve incapaz de reconocerse como hijo y acaba por perder esa escuela suprema de educación que le introduce en la percepción de la realidad. En adelante nadie le ayuda a entrar en la realidad tal y como es, y así llega a confundirla con el objeto de los propios sueños y con la extensión de sus propios deseos.

Otro aspecto que ayuda a iluminar y comprender la crisis de la paternidad que vivimos en este momento es el siguiente: el movimiento de liberación de la mujer, muy presente en la sociedad actual, ha masculinizado a la mujer.

“En nuestro tiempo la cuestión de los derechos de la mujer ha adquirido un nuevo significado en el vasto contexto de los derechos de la persona humana [...] la justa oposición de la mujer frente a lo que expresan las palabras bíblicas “él te dominará” (Gén 3, 16) no puede de ninguna manera conducir a la masculinización de las mujeres. La mujer —en nombre de la liberación del dominio del hombre— no puede tender a apropiarse de las características masculinas, en contra de su propia originalidad femenina. Existe el fundado temor de que por este camino la mujer no llegará a realizarse y podría, en cambio, deformar y perder lo que constituye su riqueza esencial”⁸.

La mimetización que la mujer ha hecho del hombre en nuestros días, su masculinización, y con ella su profesionalización, ha llevado no sólo a la ausencia del padre del hogar, sino a la ausencia también de la madre, lo que ha supuesto la disminución de la autoridad de los padres sobre los hijos. Su tarea educativa corre el riesgo de ser sustituida por los valores y principios que dicta la mentalidad dominante, no siempre legítimos, mientras que anteriormente la prole era primariamente educada, o mejor dicho humanizada, según los valores y las costumbres del hogar y de la familia⁹.

⁷ Cf. W. KASPER, *El mensaje sobre el Dios de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca 2011, 162.

⁸ JUAN PABLO II, *Carta Apostólica Mulieris Dignitatem*, n. 10.

⁹ Cf. K. WOJTYLA, “La propedéutica del sacramento del matrimonio”, en A. BURGOS-J.M. BURGOS (eds.), *El don del amor*, Palabra, Madrid 2009, 106.

De este modo el matrimonio ha sido separado de su carácter específico de “taller” de modelación humana, dejando fuera de su actividad primordial aquellas actividades educativas que competen fundamentalmente a los padres por derecho natural.

Los padres que asumen el papel principal en la humanización de sus hijos se convierten en custodios de la semilla que permite con el tiempo la humanización del entramado social. Una sociedad sin familias con hijos deja de comprenderse a sí misma, y se encamina rumbo a su propia deshumanización e inanición. Wojtyla era consciente de esta problemática y no se cansó de señalarla. En medio de esta vorágine de contradicciones de corte materialista e individualista, una petición a los padres de familia se hace escuchar: que acepten libre y responsablemente su paternidad. En este contexto queda justificado el objeto del presente estudio sobre la paternidad. Pero surge otra pregunta:

1.2. ¿Por qué la paternidad en la obra literaria de Karol Wojtyla?

¿Por qué escribe poesía y teatro Juan Pablo II? Según Piotrowski, gran conocedor de su obra literaria, porque lo exige su personalidad, porque necesita entablar un diálogo con el hombre contemporáneo. Wojtyla conoce muy bien las dimensiones incalculables que alcanza el arte:

“En efecto debe hacer perceptible, más aún, fascinante en lo posible, el mundo del espíritu, de lo invisible, de Dios. Debe por tanto acuñar en fórmulas significativas lo que en sí mismo es inefable. Ahora bien, el arte posee esa capacidad peculiar de reflejar uno u otro aspecto del mensaje, traduciéndolo en colores, formas o sonidos que ayudan a la intuición de quien contempla o escucha. Todo esto, sin privar al mensaje mismo de su valor trascendente y de su halo de misterio”¹⁰.

Juan Pablo II quiere enseñar a reflexionar al hombre contemporáneo. Al leer la poesía de Wojtyla, se puede fácilmente comprender que éste fue uno de sus propósitos a lo largo de su creación literaria.

Actualmente existe la urgente necesidad de reflexionar sobre la cultura y la familia para tomar en serio al hombre. Es así como se aprecia el drama de la persona que, como se acaba de ver, se trata de una auténtica crisis del

¹⁰ JUAN PABLO II, *Carta a los artistas* (1999), n. 12.

sujeto. El hombre actual es incapaz del don de sí y de la paternidad porque ha perdido la memoria del origen: no puede soportar la idea de ser hijo. Y éste es uno de los temas centrales de la obra literaria de Karol Wojtyła. De esta forma, su pensamiento se ve aquí plenamente actual y capaz de iluminar la situación contemporánea.

Se ha estudiado mucho la figura del Papa, pero menos se ha considerado al poeta o un acercamiento con sus características de poeta y dramaturgo. Así pues, el espacio central que abarca este estudio es la paternidad en tres de sus obras literarias más importantes: *El taller del orfebre*, *Esplendor de paternidad* y *Tríptico Romano*. Para llevarlo a cabo, se propone un breve recorrido por su actividad literaria junto con sus características y una presentación de las tres obras que son objeto de estudio.

¿Por qué estas tres obras y en este orden? *El taller del orfebre* (1960) y *Esplendor de paternidad* (1964) son los dos últimos dramas que escribe Wojtyła. Ambos pertenecen a su etapa de madurez. Estos dos dramas, en sus diferencias de estilo y estructura, constituyen el monumento más duradero al vínculo de su autor con el teatro rapsódico. La tercera obra, *Tríptico Romano* (2003), constituye la cumbre de su obra poética por su madurez vital y literaria, y porque en ella deja plasmada la esencia misma de su vida.

Los criterios para elegir el orden de las obras han sido el cronológico y el temático. Así en el primer drama, *El taller del orfebre*, presenta la belleza y la fragilidad del amor esponsal, que apunta a la paternidad. *Esplendor de paternidad* continúa y profundiza en la reflexión sobre la paternidad, señalada en su obra anterior. Finalmente, en *Tríptico Romano*, sintetiza de forma poética, con imágenes bellísimas, lo mostrado en los dos dramas anteriores en un triple pórtico: la filiación, la esponsalidad y la paternidad.

2. Actividad literaria de Karol Wojtyła y características de su obra

El joven Karol estaba completamente fascinado por la literatura, y fue tanto actor como autor de teatro y poesía. Desarrolló su actividad literaria durante muchos años, y se presentó por lo general bajo pseudónimos, bajo los nombres de Stanislae Andrzej Gruda, y sobre todo, bajo el nombre de Andrzej Jawien.

Wojtyła escribió seis obras de teatro (tres después de su ordenación sacerdotal), en el curso de 25 años, entre 1939 y 1964. Su teatro es un teatro moderno, religioso pero no devocional.

La primera composición dramática, con el título *David*, la escribió con 19 años en 1939, pero no se conserva debido a que no se llegó a publicar.

En 1940 escribió *Job y Jeremías*. En 1941 sale la primera redacción de *Hermano de nuestro Dios*, y es completada entre 1948 y 1950. En 1960 aparece la composición *El taller del orfebre*, que puede considerarse su obra maestra literaria. En 1964, en la revista mensual *Znak*, se publicó un escrito en prosa poética con el título *Consideraciones sobre la paternidad*, donde resume los conceptos básicos del drama *Esplendor de paternidad*, escrito poco antes y publicado en la misma revista en 1979 (ya después de su elección como Papa)¹¹.

En 1934, cuando Karol tenía 14 años, ganó el segundo premio en una exposición de lectura poética, por su interpretación de un poema filosófico de Cyprian Norwid. Su primera recopilación de poesía *Baladas de los Beschidi*, no se llegó a publicar y se perdió.

El estallido de la guerra y la ocupación de Polonia por los nazis, su empeño por el teatro clandestino, la pérdida del padre y su gradual orientación hacia el sacerdocio contribuyen al posterior desarrollo de su poesía. Ésta experimenta una evolución, orientada fundamentalmente hacia su vocación sacerdotal. Las poesías escritas durante la guerra muestran claramente este desarrollo. *El arpista*, *La brecha*, *Los vengadores* se relaciona con el filón patriótico de sus escritos, mientras que *Proletariado* pone de relieve su conciencia social.

El *Canto del Dios escondido* la escribió durante un largo período de tiempo y la completó en la Navidad de 1944. Entre los años 1946 y 1966 fueron publicados diez largos poemas, y otro en 1975, mientras que los últimos poemas permanecieron inéditos hasta 1979, después de su elección al Papado¹².

La poesía le acompaña a lo largo de su vida, creció haciendo poesía y culminó su vida también con la poesía, con su obra *Tríptico Romano*.

El joven Karol tuvo una gran pasión por el teatro rapsódico, hasta el punto de sentirse tentado a dedicarse profesionalmente a él. Este teatro ponía en práctica y desarrollaba algunas ideas de su maestro y amigo Kotlarczyk, dando protagonismo a la palabra.

Gracias al teatro rapsódico, Wojtyla aprendió la fuerza de la palabra, que tiene la capacidad de dar fe y esperanza, que modela el corazón del hombre

¹¹ Cf. P. FERRER, *Intuición y asombro en la obra literaria de Karol Wojtyla*, Eunsa, Pamplona 2006, 102.

¹² Cf. P. FERRER, "La obra poética y dramática en Karol Wojtyla", en J.M. BURGOS, *La filosofía personalista de Karol Wojtyla*, Palabra, Madrid 2007, 34.

y su espíritu, y que tiene poder para cambiar al hombre entero¹³. De esta forma, sus textos teatrales se convierten en “dramas espirituales del hombre”, viajes metafísicos en lo íntimo de la conciencia.

Wojtyla no se apoya sobre hechos y acontecimientos con su discurrir, sino más bien sobre planteamientos de problemas y su desarrollo de modo prevalentemente abstracto, expresados en la dimensión de la imaginación. Esta forma de abstracción es una fuerte concentración de lo esencial a nivel conceptual, pero expresado con imágenes.

En estrecha conexión con la abstracción está la fuerte contracción del tiempo y del espacio, que se encuentra de manera sistemática en todos los dramas de Wojtyla. Hace que actúen simultáneamente algunos personajes históricos, que en la época en que el drama es imaginado ya habían muerto, o de cualquier modo no podían estar presentes. El tiempo no sólo está seleccionado, transportado y concentrado; sino que incluso en algunos casos, está directamente transfigurado en una dimensión meta-temporal.

Así lo hace también en lo que se refiere al espacio, que ya sea en la poesía o en el drama, viene no sólo concentrado sino transfigurado en dimensión metafísica: ciertas escenas no acontecen en ningún lugar determinado, de modo que pueden suceder en todas partes, en cuanto se despliegan en lo que Wojtyla denomina “espacio interior”. En este sentido el espacio llega a ser a nivel imaginativo un “espacio del gran misterio” del hombre, que va no sólo del nacimiento a la muerte sino que incluso y, sobre todo, va de la muerte a la esperanza de la otra vida. El sentido último y supremo del “espacio” es Dios mismo, el cual llega a ser aquel “Tú, en el que cada uno encuentra su espacio”¹⁴.

En su obra poética Wojtyla expresa su meditación histórico-religiosa. Su legado literario, poético y dramático, hay que valorarlo de modo singular por la construcción de su pensamiento y por el uso particular del lenguaje, caracterizado por una elevada sensibilidad y una penetrante racionalidad. En sus versos se revelan la tradición sapiencial y los valores universales. Se manifiesta también de modo evidente la necesidad de invitar al lector a la reflexión. Su poesía es lírica y su estilo conciso, con símbolos profundos y cargados de motivos e imágenes; pero, sobre todo, proyecta los problemas esenciales del hombre contemporáneo, uniéndolos con el pasado¹⁵. Hará de

¹³ Cf. P. FERRER, *Persona y amor*, o.c., 50.

¹⁴ Cf. G. REALE, “Karol Wojtyla y la palabra del poeta”, en L. MELINA- S. GRYGIEL, *Amar el amor humano*, Edicep, Valencia 2008, 96.

¹⁵ Cf. P. FERRER, *Intuición*, o.c., 28, 31.

la lectura de la historia sagrada, tipo y criterio de interpretación de la historia de todo hombre en particular¹⁶.

La obra de Wojtyła se podría resumir como un tratado sobre la persona y su verdad, y es donde va a mostrar la unión dinámica entre persona, amor, y comunión.

3. La paternidad en la obra literaria de Karol Wojtyła

La experiencia humana elemental muestra que ser hijo, es decir, ser originado, es uno de los contenidos primordiales de la autoconciencia del yo. El hombre no puede concebirse fuera de un tejido de relaciones originarias que, de hecho, se identifican con la familia. No considerar este dato constituye siempre una violencia, porque contradice la misma naturaleza humana¹⁷.

La primera acepción del término padre, se identifica con el hecho de estar en el origen:

“El padre, pues, simboliza el origen del que depende, pero al que se debe también la propia existencia. Es un origen liberador y justificador de esta existencia. Por eso, la relación entre el padre y el niño es general en la condición humana y viene a expresar que la libertad del hombre es una libertad condicionada y finita. La eliminación del padre sólo sería posible al precio de la utopía aberrante de una libertad absoluta y de un señorío inhumano del hombre. Siendo la relación entre padre e hijo consustancial al hombre e imposible de sustituir por ninguna otra, el término padre es una palabra originaria de la historia de la humanidad y de la historia de las religiones que no puede reemplazarse ni puede ser traducido por ningún otro concepto”¹⁸.

Gracias a su cuerpo, el hombre sabe que ha nacido, que sus padres le trajeron a la existencia. Ninguna mujer posee el misterio del ser de su hijo: el

¹⁶ Cf. R. BUTTIGLIONE, *El pensamiento de Karol Wojtyła*, Encuentro, Madrid 1992, 276.

¹⁷ Cf. A. SCOLA, *Hombre-mujer*, o.c., 321.

¹⁸ Cf. W. KASPER, *El mensaje sobre el Dios de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca 2011, 166.

proceso de gestación en el vientre de la madre reenvía, por tanto, a un inicio trascendente, al Creador de todo. Así lo atestigua la Sagrada Escritura: “Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno” (Sal 139,13). El cuerpo da testimonio de que nadie se ha dado origen a sí mismo. Dios es el principio de la vida humana. Por otro lado nos encontramos con la experiencia de que somos mortales. El cuerpo lo expresa a través de la enfermedad, el cansancio, la fragilidad de la propia carne. Gracias al cuerpo sabemos que nuestra vida es un viaje, cuyo primer origen y último destino están en el Padre en el Creador del Universo¹⁹.

Estas breves pinceladas nos ayudan a introducirnos en el análisis de la paternidad en las obras de Wojtyła.

3.1. *El taller del orfebre*

Esta obra apareció en el número de diciembre de 1960 del mensual católico de Cracovia *Znak*. Le puso como subtítulo: “*Meditaciones sobre el sacramento del matrimonio, expresada a veces en forma de drama*”.

Consta de tres actos, y en cada uno de ellos presenta una pareja. En el primero: *Los signos*, donde Teresa y Andrés, vivirán juntos muy poco tiempo ya que Andrés muere en la guerra. En el segundo: *El Esposo*, donde Esteban y Ana tendrán el don de una vida más larga, pero pronto nacerá entre ellos la indiferencia y el resentimiento. En el tercero: *Los hijos*, Cristóbal hijo de Andrés y Teresa, se casará luego con Mónica, hija de Esteban y Ana. En su unión llevarán consigo todo el peso, todas las incertidumbres y todos los tormentos nacidos de la historia de sus familias. Pero también serán portadores de una esperanza de redención para todo este mal.

La experiencia del amor es el punto de arranque de la visión del hombre defendido por Wojtyła. Esta experiencia humana fundamental que saca al hombre continuamente de sí mismo, le abre al encuentro con el otro haciéndole descubrir su identidad y llevándole hacia Dios, hacia su trascendencia.

Wojtyła describe el amor como la forma en que una persona habita el espacio interior de otra. Andrés habla de su relación con Teresa como: “una extraña pervivencia de Teresa dentro de mí”, una “extraña resonancia”²⁰. La unión afectiva con la persona amada enriquece la existencia; nos permite participar en su mundo, haciendo así más grande la vida.

¹⁹ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor, Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, Monte Carmelo, Burgos 2011, 17-18.

Esta experiencia no puede reducirse a la sola atracción de los sentidos, pues no vive de la presencia del otro y no acompaña el curso de la vida, sino que más bien distrae, y además está siempre pronta a ceder el paso ante una impresión más fuerte. El amor supone un diálogo con la verdad del otro y no con su mera apariencia. El diálogo que va más allá de la emoción encuentra, sin embargo, esta zona misteriosa de la existencia que llamamos destino²¹.

Encontrarse con el amor significa ser creado de nuevo, convertirse en nueva criatura. Cuando amamos a alguien lo estamos creando de nuevo. Para entender por qué, pensemos que amar no es sólo apreciar las cualidades del amado, por la utilidad que éste me reporta. Se trata, más bien, de alegrarse de su mismo ser. Amar es decir a otro, como señala el filósofo Josef Pieper: “¡Es bueno que tú existas!”. Y si esto es así, entonces el amor tiene un poder creativo; el amor participa en el acto mismo de Dios. Dios, en efecto, vio, al crear, que todo era bueno; y declaró, después de modelar al hombre y a la mujer, que todo era muy bueno. Así, también el poder de nuestro amor crea de nuevo la persona a la que amamos, cuando dice ¡es bueno que tú existas!²²

Nace entonces una nueva criatura, el “nosotros” del amor, que es más que el “tú y yo”, y en el que el “tú” y el “yo” se encuentran por fin a sí mismos. Llegar a este nivel más profundo del amor es alcanzar lo que Wojtyła llama amor sponsal. Se caracteriza porque cada uno se encuentra a sí mismo sólo cuando se da sinceramente a la otra persona. Sólo cuando han alcanzado este nivel profundo del amor pueden el hombre y la mujer compartir toda su vida en el matrimonio²³.

Cuando Andrés se declara a Teresa, escoge con cuidado la pregunta: “¿Quieres ser la compañera de mi vida?”²⁴. El sí de la joven demuestra que quiere vivir en plenitud el momento, captando todo su sentido. La pareja comienza entonces a caminar hacia el taller del orfebre para elegir las alianzas nupciales.

El recurso de las imágenes es algo muy característico de su poesía y de sus dramas. En esta obra se encuentran una serie de imágenes con una gran riqueza de significado muy peculiar para nuestro autor: el taller, su escaparate, el orfebre, las alianzas...

²⁰ K. WOJTYLA, *El taller del orfebre*, BAC, Madrid 2005, 7.

²¹ Cf. R. BUTTIGLIONE, *El pensamiento de Karol Wojtyła*, o.c., 294.

²² Cf. J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 2003, 436-468.

²³ Cf. ANDERSON-GRANADOS, *Llamados al amor*, o.c., 37-38.

²⁴ K. WOJTYLA, *El taller del orfebre*, o.c., 3.

La primera de las imágenes es la del orfebre, muy cercana a la imagen bíblica del alfarero. El alfarero amasa y moldea el barro. El orfebre forja y modela el metal. Como describe magníficamente San Ireneo en su reflexión del Libro del Génesis: “Dios ha dejado sus huellas en el barro humano”²⁵. Dios debe dar forma a cada hombre, que a su vez, debe dejarse formar por la experta mano divina para alcanzar su auténtica hechura. El hombre solamente puede comprenderse a sí mismo dentro de un plan de Dios. Pero, ¿dónde va a forjar el orfebre el destino del hombre?

El matrimonio, fundamento sobre el cual se va edificando la más amplia comunión de la familia, se presenta como el taller, el lugar de trabajo escogido por Dios donde el hombre crece y se realiza en el amor.

De esta manera se puede comprender que el hombre y la mujer son capaces de amar porque han recibido de otros, en el taller de sus familias gracias al trabajo de los padres en colaboración con Dios mismo, una educación al amor. Ellos no han inventado el lenguaje del amor, sino que lo han recibido y pueden con él forjar su unión mutua. De hecho este lenguaje, que está inscrito en sus cuerpos, proviene en último término de Dios mismo²⁶.

Andrés dice que el escaparate de este taller era como “una lente que absorbía su objeto. Estábamos no sólo reflejados, sino absorbidos”²⁷. Y Teresa comenta: “Un instante más tarde pensé que habíamos estado presentes en el espejo desde un principio -o al menos desde mucho antes de que nos detuviéramos frente a la tienda del orfebre”²⁸.

Los dos jóvenes contemplan su propio reflejo en el escaparate del taller, y al ver sus imágenes descubren que, como Adán y Eva en los albores del mundo, son capaces de reflejar la imagen de Dios: “y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó” (Gén 1,27). La imagen divina, presente en cada hombre, “resplandece en la comunión de personas, a semejanza de la unión entre las personas divinas”²⁹.

La familia, que arranca de la comunión conyugal y contiene toda la genealogía de la persona desde la infancia en la que aprende a ser hijo hasta la entrega esponsal y fecunda, está llamada a ser imagen de la Trinidad. La imagen completa de Dios se encuentra en la comunión de personas que par-

²⁵ SAN IRENEO, *Adversus Haereses*, I. IV, 39,2, en: A. ORBE, *Teología de San Ireneo*, IV, BAC, Madrid 1996, 524.

²⁶ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor*, o.c., 185.

²⁷ K. WOJTYLA, *El taller del orfebre*, o.c., 16.

²⁸ Cf. *Ibid.*, 31-32.

²⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1702.

ticipa y da testimonio de la misma comunión trinitaria de Dios. La familia contiene la imagen porque en ella somos hijos, nos entregamos como esposos, nos convertimos en padres.

El amor conyugal es llevado a plenitud por la paternidad, y esta plenitud se basa en que el hombre es imagen de Dios que es Padre y Creador. Si los cónyuges no son concreadores o no admiten la paternidad, rompen esa imagen y nuestra plenitud³⁰.

Las alianzas tienen un papel muy singular, pues son signos del sacramento del matrimonio por el que hombre y mujer se unen en comunión hasta que la muerte los separe.

“El peso de estas alianzas de oro
-dijo- no es el peso del metal,
sino el peso específico del hombre,
de cada uno de vosotros por separado
y de los dos juntos”³¹.

El amor es el peso específico del hombre. Wojtyła retoma y desarrolla algunos pensamientos de San Agustín: “Mi amor es mi peso, por él soy llevado, adonde soy llevado”³². Así como el peso no es un movimiento, pero sí que afecta el ser mismo de las cosas como un principio que las hace moverse; análogamente, el amor se refiere al ser de las criaturas y hace que se muevan hacia su plenitud³³.

Este fundamento en que los esposos se apoyan para entregar su futuro va más allá de ellos mismos. Si se descubre algo eterno en la persona amada es porque se la ve a la luz del amor de Dios. Amar significa entrar en una esfera que es más grande que los dos amantes, una especie de atmósfera divina donde su amor mutuo puede respirar. Sólo si los esposos acuden a esa fuente primera de amor son capaces de darse a su vez mutuamente. Por eso, la promesa de felicidad no se basa sólo en las propias fuerzas de los amantes, sino en el amor trascendente de donde ambos beben.

Karol Wojtyła expresó esta verdad con la imagen de los anillos forjados por el Orfebre, que representa a Dios. Las alianzas no simbolizan sólo la decisión de los esposos de permanecer juntos. Su amor es estable porque se

³⁰ Cf. J.-J. PÉREZ-SOBA, “Introducción”, en A. BURGOS-J.M. BURGOS (eds.), *El don del amor*, o.c., 23.

³¹ K. WOJTYŁA, *El taller del orfebre*, o.c., 24.

³² SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, XIII, 9, 10.

³³ Cf. J.-J. PÉREZ-SOBA, *El amor: introducción a un misterio*, BAC, Madrid 2011, 45.

apoya en el amor primero del Padre. Por eso podemos decir que los anillos mantienen unidos a los esposos y sostienen el amor que comparten. No son sólo los esposos los que guardan la alianza del matrimonio: la misma alianza les protege a ellos y les mantiene unidos.

Lejos de obstaculizar su libertad, el lazo de la fidelidad conyugal libera a los esposos para que puedan crecer continuamente hacia el otro y hacia el horizonte que los abarca y es más grande que ellos. El vínculo que une a los esposos es irrompible porque se basa en su fidelidad mutua, que hunde sus raíces en el amor eterno del Creador: sólo así pueden prometerse un sí para siempre. Dice Andrés poco después:

“Tuve entonces la sensación de que el orfebre buscaba con su mirada nuestros corazones, adentrándose en su pasado. ¿Abarcará también el futuro? La expresión de sus ojos era una mezcla de bondad y firmeza. El futuro seguía siendo una incógnita que ahora aceptábamos sin inquietud. El amor vence la inquietud. El futuro depende del amor”³⁴.

Hombre y mujer sólo pueden amarse si entran en la esfera del Creador, cuyo amor les abraza y sostiene. Así pues, la unión conyugal de los esposos es fecunda sólo si sus raíces se alargan más allá del propio yo, más allá de los propios cónyuges. Los esposos dan un fruto que les supera infinitamente, que nunca habrían podido producir por sí mismos: el don de una nueva vida. El asombro de los padres ante cada nuevo hijo les recuerda que su amor está enraizado en el amor de Dios y que sólo así puede hacerse fecundo. El amor de los esposos da fruto porque participa en el amor de Dios.

Cristo capacita a los esposos para que se comuniquen entre sí el amor divino, a través de su unión en una sola carne. El Espíritu es el amor divino y el cuerpo es la apertura a ese amor. Por eso la venida del Espíritu sobre nuestro cuerpo no lo destruye, sino que lo lleva a perfección y completa su significado original. El Espíritu empapa la unión corporal de los esposos, y convierte su comunión de vida en un signo de la presencia y amor de Dios³⁵.

Dice Wojtyła en *Amor y Responsabilidad* que: “Querer en plenitud al cónyuge significa quererle padre o madre”³⁶. El amor conyugal es llevado a plenitud por la paternidad, pues es un don que completa el don en que las

³⁴ K. WOJTYLA, *El taller del orfebre*, o.c., 32.

³⁵ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor*, o.c., 144.

³⁶ K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*, Palabra, Madrid 2008, 340.

personas se han convertido la una para la otra en el matrimonio: la mujer para el hombre, el hombre para la mujer. El ofrecimiento recíproco de lo que son, como hombre y como mujer, alcanza su sentido pleno a través de la paternidad, a través del hecho de que como marido y mujer llegan a ser padre y madre.

No puede ser de otra manera. El ser humano ha de aceptar su grandeza. Estar dispuesto a ser padre o madre es la condición indispensable del amor³⁷.

La segunda parte del drama presenta a Esteban y Ana que reflexionan sobre su propio amor ya terminado. Ana describe una grieta que está creciendo entre ella y Esteban, su marido. Se trata de “la grieta de nuestro amor, que yo sentía ya de modo tan doloroso”³⁸.

Ana, herida por el alejamiento de su marido, contempla a sus hijos con la dolorosa certeza de que, tarde o temprano, la herida pasará también a ellos:

“En la habitación de los niños reinaba el silencio -por el alma de nuestros hijos no había pasado aún la grieta de nuestro amor, que yo sentía ya de modo tan doloroso”³⁹.

La grieta terminará por extenderse. Más adelante Mónica, la hija de Ana, se lamenta de que la falta de amor de sus padres ha dejado en su alma una herida: la del miedo y la soledad. Se puede ver cómo toda grieta en el amor paterno deja una marca en las almas de los hijos, afectando su actitud ante el amor y la vida. Sin embargo el plan original de Dios era muy distinto. La intención del Creador consistía en mostrarse visiblemente en el amor de sus padres, de modo que el hijo pudiera percibir la Paternidad divina a través de su propio padre y madre. Por desgracia, Adán y Eva rechazaron esta gran responsabilidad, la de manifestar en su amor el amor divino. Así, aunque los padres continúan transmitiendo la imagen de Dios a sus hijos después del primer pecado, esta imagen ha quedado nublada por un germen de soledad que se perpetúa de generación en generación.

Una vez que el hombre ha dejado de recibir de la fuente de donde mana el don, no puede ya entregarse a la otra persona según la verdad del amor. Su cuerpo olvida el lenguaje del don y comienza a ser visto más como

³⁷ Cf. *Ibíd.*, 288.

³⁸ K. WOJTYŁA, *El taller del orfebre*, o.c., 40.

³⁹ Cf. *Ibíd.*

barrera que separa que como puente que une. De esta manera, los sentimientos corporales ya no sirven para conocer por dentro a la otra persona, para compartir un mismo mundo con ella. Sin este conocimiento mutuo y confiado, el hombre y la mujer no llegan a la plenitud de su unión y se cierran la puerta del amor verdadero.

Con el tiempo la grieta corre el gran riesgo de hacerse cada vez más grande y poco a poco se va perdiendo la viveza y la inocencia del principio, cubriendo con sucesivas capas de rutina aquel asombro originario, propio del niño. El hombre se olvida de quién es, de lo grande que es su vida, de los dones de Dios que están al comienzo de su ruta. Y ha de luchar para reavivar aquella sorpresa primera ante el regalo de la existencia.

Ana, gracias a Adán, se encuentra con el Esposo, y esto marcará un nuevo inicio en su amor: “Volví a ver a Ana aquella tarde. Después de tantos años aún seguía vivo en ella el encuentro con el Esposo. Ana ha entrado en el camino del amor que perfecciona. Había que perfeccionar dando y recibiendo en proporción diferente a la de antes. La crisis tuvo lugar aquel anochecer, hace ya tantos años. Entonces todo amenazaba destrucción, sólo podía comenzar el nuevo amor a raíz del encuentro con el Esposo”⁴⁰.

Este retorno ofrecía a los esposos la ocasión de comenzar a curar las heridas de su relación, causadas por el olvido del don originario de Dios. El Esposo, para reconciliar a Ana y Esteban, renueva su condición de hijos de Dios.

En el tercer acto se descubre cómo Teresa y Andrés tienen un hijo, Cristóbal. Ana y Esteban, ya se ha visto en el acto anterior, que han tenido tres: Marcos, Mónica y Juan. Los hijos son engendrados y dan un significado nuevo al mismo vínculo conyugal: el vínculo conyugal se convierte en vínculo de paternidad y de maternidad.

“El vínculo matrimonial encuentra cumplimiento en el ser padres. De este modo, en la comunidad de las dos personas, del hombre y de la mujer, entra el hijo o los hijos. En cada acto de generación, un nuevo hombre, una nueva persona, es introducida en la originaria comunidad conyugal de las personas. El matrimonio como *communio personarum* está abierto por naturaleza hacia esas personas nuevas; a través de ellas adquiere verdadera plenitud, no sólo en sentido biológico o sociológico, sino precisamente en cuanto comunidad, por su

⁴⁰ Cf. *Ibíd.*, 97.

naturaleza de comunión, que existe y obra sobre la base del donarse humanidad y del mutuo intercambio de dones”⁴¹.

Teresa se da cuenta de que los hijos llevan en sí las heridas de sus padres y que éstas influyen de una manera muy importante en sus destinos, incluso a la hora de engendrar una nueva unidad familiar distinta de la que provienen. El hombre y la mujer están condicionados por la historia de sus familias, pero no determinados. Son al mismo tiempo dos personas nuevas, diferentes de sus padres. Tienen una historia propia, se pertenecen el uno al otro y en virtud de esta pertenencia pueden emanciparse de la “servidumbre” respecto de su propia historia familiar, no ciertamente para anularla, sino para asumirla libremente.

Para llenar el vacío que se ha creado en la vida de Mónica, Cristóbal debe llevarla a la reconciliación con sus padres. Sólo a través de su perdón y viviendo en él podrán salvarse estas figuras y aun ser llamadas a la verdad perdida de su amor. Mónica extraña a sus padres al igual que lo son ellos entre sí, repite su mismo error: tampoco concede ningún crédito al destino que les ha unido, no ve la profundidad de este destino bajo la trivialidad cotidiana y por esto los condena sin apelación. Ella debe reconocer humildemente este misterio insondable de sus vidas y renunciar a poseerlo por un juicio sin misericordia: sólo de este modo podrá entrar en verdad en el amor de Cristóbal.

He aquí la lección de *El taller del orfebre*, para amar verdaderamente, es decir, para engendrar y ser engendrado como hombre, es necesario insertar el propio amor humano en el amor infinito de Dios, trascendiendo la esfera emocional y sensible, y volviéndose hacia el núcleo de la persona donde se abre a la relación con Dios que la constituye.

Pero el hombre sufre por falta de humildad ante la verdad del amor; se niega a reconocer que su amor mutuo sea un don que reciben de la fuente primera:

“No tratan de fundar su amor en el Amor, que sí posee la dimensión absoluta. Ni siquiera sospechan esa exigencia, porque les ciega no tanto la fuerza del sentimiento -cuanto la falta de humildad. Es la falta de humildad ante lo que el amor debe ser en su verdadera esencia”⁴².

⁴¹ Cf. WOJTYLA, “La familia como *communio personarum*”, en A. BURGOS-J.M. BURGOS (eds.), *El don del amor*, o.c., 247.

⁴² K. WOJTYLA, *El taller del orfebre*, o.c., 98.

Hay, por tanto, esperanza sólo si conseguimos mirar más allá de nosotros mismos, ver el verdadero rostro de la otra persona y oír los signos de un amor que nos trasciende.

“El amor es un continuo desafío que nos lanza Dios, y lo hace, tal vez, para que nosotros desafiemos también el destino”⁴³.

3.2. *Esplendor de paternidad*

En mayo de 1964 la revista *Znak* publicó un breve fragmento de prosa poética titulada *Consideraciones sobre la paternidad*. Este texto representaba la esencia del drama *Esplendor de paternidad*, una obra más larga escrita anteriormente por el arzobispo Wojtyła, y que no se publicó hasta después de su elección al Papado. *Znak* lo publicó en noviembre de 1979.

El nuevo drama afronta los temas de la existencia humana: la soledad, la paternidad y la maternidad, la infancia, que eran vagamente esbozados en la anterior obra. La obra está dividida en tres partes: en la primera se encuentra la humanidad representada en Adán, que lucha con su condición caída. En la segunda se vislumbra la Revelación del amor trinitario en Dios cuando comienza a derramar su luz en la conversación que se establece entre padre e hija (Adán y Mónica). En la tercera parte, se participa con la madre en la lucha de la condición humana, con la esperanza de que ha sido engendrada por el cumplimiento de una promesa.

Así comienza su obra *Esplendor de paternidad*: “Hace ya muchos años que vivo como hombre desterrado de lo más profundo de mi personalidad y, al mismo tiempo, condenado a buscarla a fondo”⁴⁴.

Son palabras que Wojtyła pone en boca de Adán. Éste encarna, de modo metafórico, el común denominador de cada hombre, y en este sentido, este personaje expresa un emblemático icono del hombre⁴⁵.

Las palabras de Adán expresan el verdadero dilema del hombre de hoy, que ha perdido el verdadero sentido de la persona, y que, a pesar de ello, no puede prescindir de buscarlo. Adán medita sobre sí mismo, sobre su propia identidad. Se decide el destino de Adán, y con él el del hombre. El pecado de Adán, en el origen, ha sido querer ser como Dios, pero según una visión deformada y parcial de quién es Dios.

⁴³ *Ibid.*, 81.

⁴⁴ K. WOJTYŁA, *Hermano de nuestro Dios-Esplendor de paternidad*, BAC, Madrid 1990, 129.

⁴⁵ Cf. P. FERRER, *Intuición*, o.c., 79.

Adán elige su propia versión de lo que es “ser” imagen de Dios, más que aceptar la imagen real que Dios le ha conferido. Adán elige el ideal de auto-suficiencia y autonomía en lugar de la verdadera imagen de comunidad de amor compartido. Adán reconoce que sus ojos estaban demasiado centrados en sí mismo. Quiere alcanzarlo todo por sí mismo y no a través de Dios, aunque sepa que tal independencia absoluta no es posible.

De esta manera, “el hombre vuelve la espalda al Dios-Amor, al Padre. En cierto sentido lo expulsa de su corazón”⁴⁶. Como el centro de su vida consiste en una respuesta al Padre, al negar su presencia ha quedado roto por dentro.

Aparece entonces la concupiscencia, una voz que surge en el corazón humano e intenta convencer al hombre de la ausencia del don, una fuerza que inclina al hombre a comportarse como si las cosas no le fuesen regaladas por su Padre. Las consecuencias de este olvido serán muy graves.

El plan divino consistía en revelar su Paternidad a través del amor de los primeros padres. Adán y Eva habían de dar testimonio de la presencia de Dios; su amor mutuo estaba llamado a hacer transparente para sus hijos el rostro del Creador. Pero cuando excluyeron a Dios de su amor, el Padre no pudo ya brillar a través de la paternidad humana. Aun así, Dios no deja de hacerse presente en el mundo; pero ahora el prisma que lo refleja, el amor humano, distorsiona su rostro.

La soledad del primer hombre no era sólo algo negativo, una ausencia dolorosa. Se trataba más bien de una llamada a entrar en diálogo con Dios: Adán se siente solo porque únicamente Él puede llenar su corazón; soledad es en realidad referencia al Padre. Así, Cristo revela plenamente el verdadero rostro de la soledad originaria: la soledad alcanza plenitud en la filiación⁴⁷.

En Gén 2,19, se ve como Adán no puede conocer su nombre si no es en relación con otra persona. Gracias al otro se va desvelando su identidad personal. Por tanto no podemos ser nosotros mismos, si no somos junto con el otro. La identidad del hombre no está acabada, es una tarea que ha de realizar en su actuar. Nuestra identidad está en relación a una vida recibida y a la relación con otra persona insertada en lo más radical de nuestra identidad que es la de ser hijos. Así pues, es una identidad abierta, que debe configurarse con los distintos encuentros sucesivos⁴⁸.

⁴⁶ JUAN PABLO II, *Hombre y mujer los creó*, Cristiandad, Madrid 2000, 179.

⁴⁷ Cf. *Ibid.*, 128.

⁴⁸ Cf. J.-J. PÉREZ-SOBA, “Presencia, encuentro y comunicación”, en L. MELINA, J. NORIEGA, J.-J. PÉREZ-SOBA, *La plenitud del obrar cristiano*, Palabra, Madrid 2001, 349.

El encuentro marca una dirección, cuyo fin es el establecimiento de una comunión en la que la presencia se hace recíproca en la mutua aceptación: es la unión más perfecta entre dos personas. El hombre recibe una llamada a salir de sí mismo, a construir una comunión enraizada en la verdad⁴⁹.

Así pues, el hombre por sí solo no realiza totalmente su esencia. Solamente la realiza existiendo con alguien, y más aún profundamente y más completamente: existiendo para alguien. Comunión de personas significa existir en un recíproco “para”, en una relación de don recíproco.

El problema fundamental del hombre es la aceptación o el rechazo del ser hijo que le permite ser padre. El rechazo de ser hijo es algo que acompaña a una radical incomprensión del misterio de la paternidad. Es más importante poder responder a la soledad esencial del hombre. Esto sólo es posible devolviendo todo su valor a la paternidad de Dios, y, con ella, a toda paternidad humana⁵⁰.

“En la soledad ha entrado la mujer [...] La veo avanzar por el camino de todos los hombres que sin descanso preguntan por mí. Pero yo desvíó su atención hacia ella y pregunto si la conocen”⁵¹.

La mujer se establece en la soledad de Adán para que éste sea capaz de evolucionar desde la soledad hasta el amor. La mujer concibe un hijo y da a Adán un nuevo sentido de “posesión”, al cual se había estado resistiendo. Se había resistido porque, cuando su propia paternidad rompiera su soledad, esto también lo conduciría al Padre cuyo ser es la Paternidad. Es a través del hijo como Adán se convierte en padre. Dice Adán:

“Tú quieres que yo ame. Encuentras la manera de llegar a mí a través de un niño, a través de una hijita o un hijo pequeño, y mi resistencia se debilita”⁵².

Pero además, Adán también se da cuenta de algo fundamental: “Después de mucho tiempo he llegado a comprender: tú no quieres que yo sea padre sin ser al mismo tiempo hijo. Para esto precisamente vino tu Hijo al mundo. Él es totalmente tuyo”⁵³.

⁴⁹ Cf. *Ibíd.*, 379.

⁵⁰ Cf. P. FERRER, *Persona y amor*, o.c., 80.

⁵¹ K. WOJTYLA, *Hermano de nuestro Dios-Esplendor de paternidad*, o.c., 135.

⁵² Cf. *Ibíd.*, 135.

⁵³ Cf. *Ibíd.*, 136.

La experiencia originaria de la filiación nos revela que nuestra existencia proviene de un amor que nos precede. El primer amor que experimenta el hombre es el de sus padres. Ser hijo significa permanecer en esa relación de amor que sustenta la existencia humana y le da sentido y grandeza. Existo, por tanto, porque mis padres se amaron, pero el hombre no es solamente fruto del amor de sus padres, sino de un acto de amor de Dios que precede al amor mismo de los padres.

Esta precedencia del amor nos muestra que nuestro amor es siempre respuesta a un amor originario, gratuito, incondicional. Ser hijo significa, por tanto, ser amado. La esencia de la filiación consiste en aprender a reconocer lo que nos ha sido donado incondicionalmente.

Ante la gratuidad del don de la vida, el modo de reconocer este don es acogerlo con gratuidad. El agradecimiento es la experiencia fundamental en la que nos hacemos conscientes de lo que hemos recibido.

Una verdad que no se reduce únicamente a la recepción del amor de los padres. Es preciso que el hijo perciba que ha de ir adelante en el camino de su vida aprendiendo un nuevo modo de recibir el amor: entregarse a los demás. En efecto, no solamente el recibir nos enriquece sino también el dar. Es en esta dinámica comunicativa de dar lo recibido, donde se encuentra la articulación entre las experiencias de la filiación y la sponsalidad, y ésta es a su vez el pórtico a la paternidad. El amor filial está llamado, así, a crecer y a madurar, hasta generar el amor sponsal, donde dar y recibir son las condiciones esenciales para que el hombre realice su propia identidad.

Con su venida Cristo cura la ceguera del hombre, incapaz de reconocer la Paternidad de Dios. El Adán de la obra cree que Dios está sólo y por eso quiere aislarse. Todo lo contrario ocurre en Cristo que nos muestra que Dios no vive en soledad. Y es que Él es desde siempre Padre, porque desde siempre tiene un Hijo eterno, que es uno consigo en plena comunión. Es este Hijo el que abre el espacio de filiación para el hombre, el lugar en que el hombre puede entender su existencia como un don. Sólo si hemos recibido nosotros como hijos de Dios el amor del Padre, podemos irradiar este amor a nuestra descendencia.

La paternidad es fruto de la unión matrimonial de un hombre y una mujer, es decir, de la unión de los dos cónyuges en una sola carne (cf. Gén 2,24). La misión de los padres no termina cuando ha nacido su hijo.

El hombre y la mujer están llamados a jugar distintos papeles, ambos imprescindibles, en la vida de sus hijos. De esta colaboración habla Wojtyła en su obra *Esplendor de paternidad*: “La mujer sabe de engendrar inmensamente más que el hombre, lo sabe sobre todo a través del dolor que acompaña al parto. El uno y el otro son su misterio. Y, sin embargo, la materni-

dad es expresión de la paternidad. Siempre ha de retornar al padre para tomar de él todo aquello de lo que es expresión”⁵⁴.

Wojtyla supone en este pasaje que la conexión de la mujer con la nueva vida está inscrita en su propio cuerpo. Aparece entonces la conciencia de que esta vida es especial: el hijo tiene una dignidad irreducible a los demás bienes de este mundo, una especial conexión con el Creador mismo. Y así lo manifiesta la primera mujer: “He adquirido un varón con el favor de Yahvé” (Gén 4,1).

El padre experimenta la relación con su hijo de manera distinta a la madre. Lo hace, por así decir, desde el exterior, pues no siente en su mismo cuerpo la conexión con la nueva vida.

Por la misma razón, esta distancia se convierte en algo imprescindible para la tarea de ser padre. El padre se sitúa en la lejanía, y así da al hijo la posibilidad de que crezca, de que abandone el regazo materno para madurar y adentrarse en la vida. No se trata aquí, por supuesto, de una distancia indiferente: es un espacio abierto en el amor, para que el hijo pueda crecer, caminando por sí mismo en la senda de la existencia.

Van Gogh tiene un cuadro en que recoge una escena de vida familiar que ilustra esta complementariedad entre padre y madre. Se trata de una niña que está aprendiendo a dar sus primeros pasos. En un lado del cuadro está la madre, que abraza a su hija, mientras que al otro lado, unos metros más lejos, el padre espera con los brazos extendidos para recibir a la pequeña. Esta obra ilustra lo que estamos diciendo: todo niño está llamado a recorrer el espacio entre estos dos abrazos, el de la madre que le sostiene desde que entra en la existencia, y el del padre que le espera en la distancia. Notemos que en ambos casos se trata de un verdadero abrazo: cercano el primero, lejano el segundo. Es decir: no hay indiferencia en el padre, sino la apertura que sostiene, protege y ayuda al niño a caminar, confiado en que encontrará el amor paterno a lo largo del camino, mientras crece y madura⁵⁵. Éste es el ámbito de la irrenunciable tarea educativa del padre y de la madre.

Se afirma a menudo que la disposición de la mujer hacia la maternidad es tan poderosa que en el matrimonio busca más al hijo que al esposo. El deseo de tener un hijo es, en todo caso, una manifestación de su maternidad en potencia. También lo es en el hombre, pero aun así parece más fuerte en la mujer, lo cual se explica fácilmente por el hecho de que su organismo está desde el principio constituido para la maternidad⁵⁶.

⁵⁴ Cf. *Ibid.*, 138.

⁵⁵ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor*, o.c., 154-155.

⁵⁶ Cf. K. WOJTYLA, *Amor y responsabilidad*, o.c., 316.

Esto ayuda a comprender que la relación entre madre e hijo también puede corromperse. Esta relación, que debería ser el lugar de la maduración afectiva y de la capacitación del ejercicio crítico de la libertad razonable, puede corromperse en un vínculo sofocante y fuente de esclavitud. Digno de mención es el hecho de que tal posibilidad de corrupción encuentre su raíz en la falta de una verdadera relación esponsal entre marido y mujer. Una incapacidad de estima real en la relación hombre-mujer repercute inevitablemente en su modo de ser padres. Por eso, el padre tiene un papel esencial a la hora de distanciar de forma adecuada al hijo de la madre:

“Retornamos al padre a través del hijo. El hijo, a su vez nos restituye, en el padre, al esposo. No dividáis el amor. Es uno”⁵⁷.

Ser cónyuges significa ser el ámbito del don recíproco en el amor, ser capaces de no ligar al otro a uno mismo, sino de liberar al otro dentro de la relación, de dejar al otro ser otro. Se trata de una experiencia indispensable para que la relación entre madre e hijo (y también entre padre e hijo) no se transforme de factor constitutivo de la identidad del hijo en vínculo de esclavitud afectiva⁵⁸.

Ante el hijo, los padres experimentan por un lado, que ese hijo es el fruto de su amor conyugal. Pero por otro, sin embargo, el hijo se presenta como un tú diferente de los padres: es su hijo, pero no es en absoluto su propiedad.

Es, en efecto, otra persona, no la prolongación de la persona de sus padres. Y, precisamente por esto, la vida de los padres cambia, pues debe medirse cotidianamente con una nueva persona: es su hijo, pero no les pertenece, no se trata de una posesión.

Ser padres y madres no significa ser los dueños de los propios hijos, sino que significa ser, con ellos, y como ellos, hijos del mismo Padre. Uno solo es el Autor de la vida, de Él dependen tanto los padres como los hijos. Le dice Adán a Mónica: “Pensaba en tu Padre. Te ha dado la vida”⁵⁹. Los padres están llamados a acompañar la libertad de sus hijos hasta el cumplimiento de sus personas sin tener jamás la pretensión de sustituirla.

⁵⁷ K. WOJTYLA, *Hermano de nuestro Dios-Esplendor de paternidad*, o.c., 139.

⁵⁸ Cf. A. SCOLA, *Hombre-mujer*, o.c., 206.

⁵⁹ K. WOJTYLA, *Hermano de nuestro Dios-Esplendor de paternidad*, o.c., 153.

Mirar a un niño (hijo) es percibir una llamada a participar del misterio de una vida que pide nuestra intervención. Pero la misma mirada invita a hacerlo no de cualquier manera. Para responder adecuadamente a esta llamada es necesario considerar el asombro ante la vida que se nos confía. El niño, con su presencia, pide algo más que un cuidado, pide una educación.

Los padres descubren en su hijo el quehacer que les reclama la responsabilidad por su amor. Un amor que es trabajo, servicio personalizado, donación de una humanidad madura a ese pequeño hombre que crece gradualmente⁶⁰.

“Guiaría tus pasos de niña, llevándote de la mano. Luego pondría en su lugar y distribuiría año por año lo que aquí aflora en un instante. ¿Cómo abarcarlo todo?”⁶¹.

La ausencia de la paternidad es evidentemente síntoma de la pérdida del sentido del origen. La misma ausencia afecta el camino y el sentido del destino. En efecto, el hijo, que crece dentro de un mundo que no conoce, no puede orientarse sin alguien a quien mirar que le dé la certeza de la meta y el sentido de su crecimiento. Por ello, la figura paterna es “auctoritas”, es decir, aquel que hace crecer. En vez del cotidiano intercambio de amor en el que el padre entrega al hijo una visión de la vida y el hijo elige porque es capaz de juicio (de crítica en el sentido noble del término), hoy encontramos incertidumbre y ausencia. Si el sujeto humano no se concibe como “recibido desde y “orientado a”, su libertad se desorienta⁶².

Así se lo expresa Mónica a Adán: “¿Sabes hasta qué punto me eres necesario, cuánto he recibido de ti y sigo recibiendo?”⁶³.

En la última parte de la obra, se puede fácilmente reconocer en la misteriosa mujer a la Madre de Dios. El Esposo es el Hijo de Dios, El Salvador del mundo. El Hijo de Dios se ha hecho hombre y de este modo ha transformado la humanidad. La redención ha sido posible no sólo gracias al Hijo de Dios, sino también gracias a María, que en un cierto tiempo y lugar dijo: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38).

⁶⁰ Cf. Cf. R. HURTADO, *La paternidad en el pensamiento de Karol Wojtyła*, Eunsa, Pamplona 2011, 80-81.

⁶¹ K. WOJTYLA, *Hermano de nuestro Dios-Esplendor de paternidad*, o.c., 156.

⁶² Cf. A. SCOLA, *Hombre-mujer*, o.c., 204.

⁶³ K. WOJTYLA, *Hermano de nuestro Dios-Esplendor de paternidad*, o.c., 153.

“La maternidad es expresión de la paternidad. Siempre ha de retornar al padre para tomar de él todo aquello de lo que es expresión. En esto consiste el resplandor de la paternidad”⁶⁴.

María recuerda lo que significa ser madre: estar abierta a una especial acción de Dios, que confía a la mujer el don de cada nueva vida. En María la Paternidad divina irradia de nuevo desde dentro de la historia humana. Así, María es llamada con razón la nueva Eva, pues su historia nos permite volver al Principio. María es la nueva Madre de los vivientes que exclama en grado sumo: “he adquirido un varón con el favor de Yahvé” (Gén 4,1). Y así Cristo abre de nuevo para nosotros el camino de la filiación. Nos hace capaces de convertirnos a nuestra vez en hijos. “Se vuelve al padre a través del hijo”⁶⁵.

A la luz de estas consideraciones, podemos concluir este punto afirmando de forma sintética que:

En primer lugar, es padre sólo quien sabe que es hijo. Esta idea es clave. Por eso Wojtyła incide también en ella, en su *Meditación sobre la paternidad*: “Acoger en sí el resplandor de la paternidad no significa solamente “ser padre”; sino, en primer lugar “ser niño” (ser hijo)”⁶⁶.

En segundo lugar, que los hijos, fruto del amor de los cónyuges, tienen que crecer y ser educados en el seno de ese mismo amor. La madre introduce al hijo en la dimensión gratuita e incondicionada de la existencia, permitiendo de este modo afrontar toda la realidad a partir de la experiencia de ser amado. El padre, en cambio, en cuanto representa para el niño el principio de la realidad y de la autoridad, consiente al hijo salir de sí mismo para afrontar la realidad y le ayuda a introducirse en el camino hacia su destino. Por tanto, el padre no da lugar al hijo sólo en cuanto origen, sino que lo sostiene continuamente durante el camino de la vida para conducirlo hacia su cumplimiento final.

“¡Padre, sé mi camino, sé la fuente!”⁶⁷.

⁶⁴ Cf. *Ibíd.*, 138.

⁶⁵ Cf. *Ibíd.*.

⁶⁶ Cf. K. WOJTYŁA, *Poesías*, BAC, Madrid 1982, 96.

⁶⁷ K. WOJTYŁA, *Hermano de nuestro Dios-Esplendor de paternidad*, o.c., 151.

3.3. *Tríptico Romano*

En el año 1979, ya como Papa, publicó su último drama *Esplendor de paternidad*, pero no deja de escribir poesía. Casi al final de su vida, en 2003, escribe *Tríptico Romano*, donde deja plasmada su enseñanza y su propia vida.

La primera parte de *Tríptico Romano*, *Arroyo*, comienza con la imagen del torrente. El poeta contempla la creación en movimiento. El hombre se siente envuelto en este ritmo, arrastrado él también por el flujo del tiempo, como el arroyo ladera abajo.

La corriente cae por su propio peso por la cascada, es conducida al río, ensanchada en el gran delta, e imbuida en el océano. Pero al hombre no le es suficiente dejarse llevar, siguiendo surcos ya trillados. Necesita saber cuál es el sentido, la meta final adonde todo avanza. Y ha de averiguar cómo dirigir él mismo sus pasos hacia ella. Los versos de Juan Pablo II desvelan la inquietud perenne del ser humano⁶⁸.

Es cierto que la experiencia humana hace surgir en el hombre la pregunta por su propia identidad y también que esa pregunta le supera infinitamente. Hay en el hombre, según Juan Pablo II, algo anterior al interrogante sobre la vida. Es algo que precede a su misma búsqueda de identidad y destino y le permite estar seguro de que la pregunta no es un acertijo indescifrable. ¿Qué puede ser previo a la inquietud por el sentido de todo?

“Al caer, el torrente no se asombra
y los bosques bajan silenciosamente
al ritmo del torrente
pero, ¡el hombre se asombra!
El umbral en que el mundo lo traspasa
es el umbral del asombro.
(antaño a este asombro lo llamaron Adán)”⁶⁹.

El umbral que la creación cruza en el hombre no es en primer lugar la capacidad de hacerse preguntas, sino la apertura a la admiración y al asombro. La pregunta por la propia vida, la pregunta por el origen y el destino se parece a la sorpresa ante un regalo inesperado. En ambos casos hay algo

⁶⁸ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor*, o.c., xvii-xviii.

⁶⁹ K. WOJTYLA, *Tríptico Romano*, Universidad Católica San Antonio, Murcia 2003, 20.

que precede a la pregunta: es el asombro ante un don recibido por el que se tiene la seguridad de que la existencia se nos ha regalado.

El hombre es una gran pregunta porque experimenta su vida como un gran misterio, un misterio que despierta el asombro. Este asombro abre a la vez un camino: se convierte en invitación a viajar. Para saber hacia dónde y por qué senderos hay que preguntarse ¿dónde experimenta el hombre el asombro? Hay una dimensión de la experiencia humana que se abre al misterio, pero esa dimensión ha quedado oscurecida en nuestra cultura y debe ser recuperada⁷⁰.

En la experiencia del amor nace el asombro, se abre un nuevo camino que conducirá, caminando en el tiempo, a la plenitud. Para Juan Pablo II, el encuentro con el misterio tiene lugar en la experiencia del amor. El asombro aparece en nuestra vida sólo porque existe el amor. Incluso la maravilla que nace en la naturaleza cobra pleno sentido sólo porque en el origen de la vida hay una experiencia de amor.

El amor toca todas las dimensiones de la vida. Y, a la vez, posee una dimensión espiritual, que hace percibir la dignidad única de la persona amada y conduce al hombre más allá de sí mismo, hacia la trascendencia, hacia Dios⁷¹.

El libro del Génesis, dice Juan Pablo II, esperaba ser traducido en imágenes por un gran pintor; y las meditaciones sobre el libro del Génesis del Papa son precisamente una visión poética inspirada por la visión pictórica expresada por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina⁷².

En Eva, Adán ha recibido un don capaz de despertar su asombro y gratitud. Su persona es un don para él. De hecho, reconocer que el amado mismo es un don pertenece a la esencia de todo amor verdadero. El asombro está ligado al don, y dar un don es siempre, de una forma u otra, darse a sí mismo.

Para aceptar la misma existencia de Eva como un don, Adán tiene que reconocer la relación de Eva con Dios. Es el Creador el que confía a Adán el don de Eva. La soledad originaria de Adán y Eva como hombre y mujer les orienta hacia la fuente originaria del don: el Creador que llamó a los dos a la existencia⁷³.

⁷⁰ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor*, o.c., xx-xxii.

⁷¹ Cf. *Ibíd.*, xxv.

⁷² Cf. P. FERRER, *Intuición y asombro*, o.c., 196.

⁷³ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor*, o.c., 47-49.

Nuestra primera tarea en esta vida no es el deber de hacer algo, sino la aceptación del don originario de nuestra propia persona y vida. Es lo propio de la filiación.

“Y cuando se vuelvan un solo cuerpo
-admirable unión-
detrás de su horizonte se revela
la paternidad y la maternidad.
Alcanzan entonces las fuentes de vida que hay en ellos.
Alcanzan el Principio.
Adán conoció a su mujer
y ella concibió y dio a luz
¡Saben que pasaron el umbral más grande de la responsabilidad!”⁷⁴.

La presencia del Dador originario en el amor que une a Adán y Eva no sólo les lleva más allá de un nuevo umbral del asombro, sino que completa su amor, abriéndoles al misterio de la fecundidad. Este conocimiento queda unido a la fecundidad, al nacimiento de un nuevo ser humano, por el cual los esposos obran conjuntamente con Dios, el Dador originario. Dios es la fuente de su humanidad común, el Creador de sus cuerpos y de la capacidad que tienen para donar vida; y, al unirse en el amor conyugal, se asocian a la fuerza misma creadora del amor de Dios. El amor es fecundo porque hunde en Dios mismo sus raíces. “La procreación está enraizada en la creación, y cada vez, en cierto modo reproduce este misterio”⁷⁵.

El umbral del asombro, que Adán cruzó al encontrarse con la riqueza de la creación, se convierte ahora, en la unión conyugal, en un nuevo umbral: el de la responsabilidad. Para que el amor sea fecundo ha de hacerse responsable. Y esto quiere decir capaz de responder al don primero de Dios, que confía uno a otro a los amantes.

La relación que une a Adán y Eva se sitúa en un contexto más grande: la que vincula a ambos con Dios, el misterio absoluto, que a su vez abre el amor humano hacia el resto del mundo. Por eso masculinidad y feminidad tienden, por su propia naturaleza, hacia la paternidad y maternidad, en que la relación del hombre con la fuente del amor se hace patente y su amor se abre en un nuevo fruto⁷⁶.

⁷⁴ K. WOJTYLA, *Tríptico Romano*, o.c., 36.

⁷⁵ JUAN PABLO II, *Hombre y mujer los creó*, o.c., 105.

⁷⁶ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor*, o.c., 57-59.

La especial dignidad del hombre no deriva simplemente de su inteligencia y su capacidad de autonomía, sino de su relación filial con el Padre que le ha traído a la existencia y le llama a una vida de amistad y comunión. El hombre es, antes que nada, aquel con quien Dios establece una amistad. Es esta relación con Dios la que hace a Adán muy superior al resto de las criaturas; y de aquí deriva su dominio sobre el mundo, como un modo de hacer presente en él al Creador. Adán y Eva transmiten a sus hijos la imagen de Dios (cf. Gén 5,3). Con esto se dice que la paternidad humana es un reflejo de la misma paternidad divina⁷⁷.

“Dios creó al hombre a su imagen y semejanza,
Los creó varón y mujer-
Y vio Dios que era muy bueno”⁷⁸.

Se puede contemplar la imagen de Dios en el hombre sólo si atendemos a su vida entera, tal y como se desarrolla en el tiempo. Es una imagen dinámica, en movimiento. Una imagen que se plasma a lo largo de un camino, de una respuesta vital a la llamada primera de Dios.

El primer paso de este viaje, como ya hemos vislumbrado, es la experiencia de saberse hijo de Dios, que cada uno aprende a través de sus padres. Pero la filiación no refleja la totalidad de la imagen. No es suficiente haber nacido y reconocer que nuestro origen está en Dios, que somos sus hijos y por eso hechos a su imagen. También tenemos que responder a su amor, aceptar libremente el don divino de la existencia y hacerlo fructificar en nuestra vida.

Por eso, al recibirse el uno al otro como don de Dios, y al darse mutuamente a su vez, Adán y Eva dan testimonio de que son hijos de Dios y caminan juntos de vuelta al Padre, de quien vienen. El hombre y la mujer se asemejan a Dios en la medida en que se aman mutuamente⁷⁹.

“Varón y mujer los creó.
Y les quedó el don que Dios les diera.
Tomaron en sí- a la medida humana- esta donación mutua
que hay en Él”⁸⁰.

⁷⁷ Cf. *Ibíd.*, 61-63.

⁷⁸ K. WOJTYLA, *Tríptico Romano*, o.c., 31.

⁷⁹ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor*, o.c., 65-67.

⁸⁰ K. WOJTYLA, *Tríptico Romano*, o.c., 35.

Puesto que los esposos se aman en una dimensión que les supera a ambos, la dimensión del abrazo del Padre, pueden dar un fruto muy por encima de sus expectativas y posibilidades. El signo visible en esta fecundidad es el hijo.

Para poder comprender la imagen de Dios, es necesario verla desarrollarse en el tiempo. Así pues, el hombre es imagen de Dios a través de su historia, haciendo así presente su origen invisible y su invisible destino. Somos quienes somos porque otro nos ha amado, nos ha traído a la existencia, y nos ha hecho capaces del don mutuo a través del donarse a otros y transmitir la vida. Somos imagen de Dios cuando, reconociéndonos hijos, nos convertimos en esposos y padres⁸¹.

En la tercera parte, *Monte en la región de Moria*, la llamada de Dios, “sal de tu tierra”, indica a Abrahán un nuevo comienzo. Y no sólo a él: cuando el patriarca confía en la voz divina, es toda la raza humana la que responde de nuevo a la llamada del amor. Así, en Abrahán, el hombre empieza su regreso a la obediencia filial, reconociendo de nuevo el amor originario de donde brota su existencia. En respuesta a la obediencia de Abrahán, Dios le promete una paternidad nueva: “Mira al cielo, y cuenta las estrellas, si puedes contarlas”. Y añadió: “Así será tu descendencia” (Gén 15,5). “La bendeciré y te dará un hijo” (Gén 17,16).

“Hijo -esto significa: la paternidad y la maternidad.

Serás padre, Abrán, serás padre de multitud de pueblos”⁸².

Aunque parecía imposible a Abrahán convertirse en padre, el patriarca creyó que Dios, el Creador de toda vida, podría llevar a cabo este milagro: darle una descendencia en su ancianidad. Abrahán puede ser padre porque es hombre de fe, fiel al Dios de la Alianza. Es decir, la paternidad de Abrahán no contiene, como ocurrió a Adán, un rechazo de la fuente originaria, sino la aceptación de Dios Creador y dador de vida. Gracias a Abrahán, el comienzo visible de un nuevo Adán, Dios puede irradiar de nuevo su paternidad desde dentro de la paternidad humana. Ahora bien:

“Hay un límite de la paternidad, un umbral que tú no pasarás.

Otro Padre recibirá aquí el sacrificio de su Hijo”⁸³.

⁸¹ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor*, o.c., 68-69.

⁸² K. WOJTYLA, *Tríptico Romano*, o.c., 48.

⁸³ Cf. *Ibíd.*, 52.

Hay un límite en la paternidad de Abrahán, que le impide llevar a plenitud la alianza de paternidad que Dios le ha ofrecido al hombre. Será Cristo el que lleve a plenitud esta alianza⁸⁴.

No obstante, la vida de Abrahán deja patente que, para poder convertirse en padre, uno tiene primero que aprender a ser hijo. Es decir, sólo si se pone la confianza y la fuerza en Dios Padre, confiando en Él como lo hace un buen hijo, puede uno hacer visible en el mundo la Paternidad de Dios⁸⁵.

Cristo manifiesta el amor del Padre en la forma más elevada. Juan Pablo II usa la imagen del sacrificio de Abrahán para ilustrar esta plenitud del don paterno:

“Porque Dios reveló a Abrahán
qué es, para un padre, el sacrificio de su propio hijo -muerte de
sacrificio.
Oh, Abrahán; porque Dios quiso tanto el mundo
que le entregó a su Hijo para que cada uno que crea en Él
tenga la vida eterna”⁸⁶.

A la luz de estas consideraciones, podemos afirmar que la familia, “taller” donde todo hombre aprende a ser hijo, esposo, y padre, es el hábitat natural donde se desarrolla la imagen divina, impresa en el hombre.

4. Conclusión

Como conclusión del recorrido expuesto, podemos afirmar que la crisis de la paternidad que vivimos en la actualidad es, en el fondo, una crisis de esperanza. Principalmente en Europa, hay una extraña falta de deseo de futuro. Los hijos, que son el futuro, son vistos como una amenaza para el presente; se piensa que nos quitan algo de nuestra vida. No se les experimenta como una esperanza, sino como un límite para el presente. El mismo hecho tanto de la falta de voluntad cuanto de la incapacidad para afrontarlo, indica la enorme debilidad espiritual y moral en que estamos inmersos, que la familia y la Iglesia están llamadas a superar.

⁸⁴ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor*, o.c., 102.

⁸⁵ Cf. *Ibid.*, 103.

⁸⁶ K. WOJTYLA, *Tríptico Romano*, o.c., 53.

Wojtyla no fue ajeno a la gravedad de la situación, e inspirado en las necesidades y dificultades de carácter moral y social, que detectó entre los matrimonios y familias con las que convivió diariamente, escribió tanto reflexiones pastorales como obras dramáticas y poéticas, sobre amor conyugal, sexualidad y familia, donde la paternidad ocupó una parte importante.

Para Wojtyla el amor conyugal no se puede comprender como un invento o una construcción meramente humanos, sino como la realidad dotada de coherencia natural y sobrenatural, creada por Dios para realizar en la humanidad su designio de amor, en el cual los cónyuges han de ocupar un lugar privilegiado para la realización de dicho amor⁸⁷.

El hijo es la expresión máxima de la comunión del hombre y de la mujer. Transforma al marido y a la mujer en padre y madre. El niño es manantial de esperanza. Habla de sus padres, de la finalidad de sus vidas, representa el fruto del amor. Los padres viven para sus hijos, trabajan y se esfuerzan por ellos. El niño, por tanto, hace pensar en el futuro y, es siempre una nueva revelación de la vida que es dada al hombre por el Creador.

Es en el seno de la familia donde sus miembros descubren un Amor más grande que cimienta y trasciende el amor humano. Únicamente en la escuela del amor que es la familia, se puede aprender a amar y a construir una comunión de personas.

La experiencia de la comunión, como toda verdad cristiana, se transmite a través del testimonio⁸⁸. La tarea de la familia como comunión de personas es la de ofrecer un testimonio particularmente elocuente y responsable.

El testimonio de los padres ante sus hijos es principalmente el de un amor que los une en una comunión conyugal que abraza toda la existencia en el mutuo don de sí. De este modo, los hijos podrán percibir en sus padres el misterio de la Paternidad de Dios.

Los padres cristianos encuentran el camino para profundizar en su paternidad viviendo una auténtica filiación respecto a la Iglesia y, por tanto, respecto al Padre: las dos cosas son inseparables. Sin la Iglesia, sería imposible para los hombres acceder a la Paternidad divina. San Cipriano afirma: “Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre”⁸⁹. La Iglesia es Madre sólo en su permanente referencia al Padre. Su ser Cuer-

⁸⁷ Cf. R. HURTADO, *La paternidad*, o.c., 76-77.

⁸⁸ Cf. J.-P. JOSSUA, “Le témoignage et la communication de la foi dans l’Église”, en *Lumen Vitae* 43 (1988) 247-254.

⁸⁹ SAN CIPRIANO DE CARTAGO, *De Ecclesiae catholicae unitate*, 6: CCL 3, 253 (PL 4, 519).

po de Cristo y Esposa de Cristo Esposo le impiden concebirse de modo autónomo respecto al principio de origen: el Padre⁹⁰.

Las reflexiones que Karol Wojtyła realiza en sus obras dramáticas y poéticas, son un precioso legado para los padres de familia de hoy, que les invita a reflexionar sobre su identidad y la identidad de sus familias, teniendo en cuenta las dificultades de la sociedad contemporánea, y a evidenciar la grandeza de la vocación a la paternidad, a la que toda persona es llamada.

⁹⁰ A. SCOLA, *Hombre-mujer*, o.c., 325.